

F2321
P53

l.2

BIBLIOTECA MARIANO PICON-SALAS
Al cuidado de Guillermo Sucre

II
SUMA DE VENEZUELA

HISTORIA Y SINTESIS
LUGARES Y COSAS
CREACION E IMAGENES

Introducción
GUILLERMO SUCRE



Notas y variantes
CRISTIAN ALVAREZ

EDUARDO J. ORTIZ F.

MONTE AVILA EDITORES, C.A.

1a. edición en M.A., 1988

D.R. © Delia Picón de Morles

© de esta edición

MONTE AVILA EDITORES, C.A., 1987

Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela

ISBN 980-01-0160-8 (BIBLIOTECA M.P.S.)

ISBN 980-01-0162-4 (TOMO II)

Diseño de colección y portada

ESTUDIO CREATIVO

LINEA GRAFICA, C.A.

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

AUDITORIO DE JUVENTUD

Cierta vez en una conversación se me preguntó qué era lo que yo creía más necesario de modificar en Venezuela para adaptarnos a las halagadoras esperanzas que brotaron en nuestro país después de la muerte de nuestro último y más empedernido dictador. Mucho más que para hacer una frase, contesté que lo primero que necesitábamos cambiar era nuestra alma; concretamente aquella alma con que los venezolanos se oxidaron, renunciaron y prolongadamente se desengañaron, en el bochornoso sopor de la tiranía. Habrá que dejar morir muchas almas viejas e intransformables, de esas que la teología católica llama con suma propiedad impenitentes, para que surja esta nueva psiquis nacional más optimista y dinámica, capaz de imponerle otro destino a nuestra historia. Los que siquiera hojearon alguna vez un modesto volumen de Psicología colectiva saben que el alma de los pueblos, aunque influida por imponderables factores étnicos o telúricos, no es precisamente una constante, y que su posibilidad de modificación, de actuar con nuevos estímulos para producir nuevas reacciones, es lo que diferencia el mundo del espíritu del más inexorable mundo de la naturaleza. El violento reactivo de las circunstancias históricas impone al individuo, o a los pueblos, maneras de proceder o de defenderse aparentemente insospechadas. En un

Versión taquigráfica de una charla a estudiantes universitarios (1941). Apareció publicada por vez primera en el diario *El Universal*, el 29 de junio de 1942 (pp. 4-10).

régimen de tiranía como el que gravitó sobre nosotros durante tan angustioso tiempo, los espontáneos tienen que trocarse en reservados, los impulsivos en calculadores, los audaces en cautos, y de este modo el ambiente puede modificar lo más íntimo y originario de nuestro carácter. Las tiranías como las guerras destruyen, así, las reservas vitales de los pueblos; diríase que sacrifican a los mejores ya que son precisamente ellos los que se atreven a alzar su gesto o su palabra disonante sobre la fofa conformidad del montón. Por eso la primordial reforma venezolana la sentía como una reforma anímica, que pudiese devolver al hombre de nuestro país su frustrada esperanza.

"Oh, los venezolanos, tan individualistas, tan inteligentes y tan desengañados", me decía un hábil observador forastero, resumiendo con honradez las contradictorias impresiones que había recogido de una temporada entre las gentes de Caracas. Se dieron aquí en el pasado individualidades de gran ímpetu, hombres de extraordinaria dimensión humana que parecían aislados como grandes rocas eruptivas en medio del grupo social. Las tiranías, que entre nosotros sucedieron al ciclo de las individualidades heroicas, destruyeron, sin embargo, toda coherencia colectiva. Cada individuo, como un topo agazapado, se labró su solitaria cueva donde ponerse al abrigo de la tormenta. Y esos animales de copiosa y estratificada caparazón, la tortuga que conduce su propia cárcel o el cachicamo que arrastra como para una fuga su propia silla de montar, semejaron en algunos momentos los emblemas totémicos del alma venezolana. En un tiempo lejano y magnífico fue nuestro símbolo el caballo del Escudo, el que paseó su ansia de aventura y espacio libre por casi toda la América del Sur, pero replegándonos, reduciéndonos, desengañándonos al través de los fracasos de nuestra historia contemporánea, dejamos de venerar el corcel heroico para adormecernos frente a otros signos más mediocres, opacados y domésticos.

Sucedían, así, a las virtudes creadoras, las virtudes negativas, las que ya no lanzan su ardiente combate contra las cosas porque prefieren el más inocuo nirvana. Después de haber sido una conciencia y una voluntad directiva en la historia de la América del Sur, especialmente en aquellos años que van del 1810 al 1830, donde todo lo que aconteció en nuestro continente meridional tuvo con Bolívar, con Sucre o con civilizadores como Bello un signo venezolano, noso-

tros nos habíamos replegado y retrocedido en el más oscuro provincialismo. Todavía ese peso muerto de timidez y de prejuicio, esa falta de decisión para penetrar valerosamente en la vida moderna, el don de mimetismo y disimulo erigido en táctica vital, señalan en la Venezuela de hoy un saldo por liquidar, la vieja alma abatida y derrotada, sin cuya superación no es posible imprimir en la vida del país el destino que él nos está reclamando. Venezuela quiere ser y puede ser un país técnica y humanamente más vigoroso que la despoblada y hermética provincia que devolvió a los venezolanos, en 1935, la dictadura de Juan Vicente Gómez. Luchar por lograrlo es la consigna más patética que yo asigno a la juventud del país. Es en estos tiempos de tan oscura zozobra mundial nuestra segunda y más necesitada afirmación de independencia.

Reduciendo el problema a tres palabras que tengan la convicción y la densidad de tres consignas, diría que ese camino, esa labor que está llamando a las generaciones que no quieran perderse y anhelan resaltar su nombre en el porvenir, es un triple camino de cultura, de organización, de entusiasmo.

CULTURA

Con el problema de nuestra juventud se enlaza estrechamente el que yo llamaría una política de la cultura. Como todas las demás cosas —y aun más que el progreso técnico que de cualquier modo iba penetrando en el país en las cintas de cemento de las carreteras o en las torres de acero del petróleo—, nuestra vida espiritual se estancó en la gran decadencia de los estudios que caracterizara a la época gomecista, en el poco vuelo y la ninguna audacia del pensamiento nacional que, con muy contadas excepciones, no quería comprometerse peligrosamente. Lo que se pudiera llamar las necesidades culturales de la tiranía se cubrían ampliamente con las anuales promociones de médicos, abogados e ingenieros que egresaban de una Universidad adormecida en el más mecánico profesionalismo. Ante la incuria cultural de tantos años, los venezolanos han tenido que ponerse a improvisar una serie de estudios y disciplinas intelectuales cuya ausencia se hizo presente en el momento en que quisimos crear

servicios públicos más amplios y modernos que los que utilizara la tosca burocracia de antaño. Hablamos, por ejemplo, de inmigración y colonización, de reiniciar la conquista geográfica de nuestro inmenso territorio, e inquirimos por los geógrafos venezolanos capaces de animar tan arriesgada empresa. Hablamos de los políticos que puedan orientarnos en la transformación de nuestro país, y no abundaban los hombres públicos de amplia visión de conjunto, capaces de una actitud original para descubrir los problemas y resolverlos. Era frecuente, así, una niveladora mediocridad, un cauto y medroso provincialismo para animar la valiente empresa de nuestra reforma nacional. Se había plasmado en aquellos años de silencio —y corresponde a las nuevas generaciones superar tan burdo concepto— un arquetipo de político venezolano, reservado y zamorro; de político que no opina, que se repliega en su falsa gravedad, en el más neutro impersonalismo. Eran "ancianos desde niños"; aprendieron demasiado pronto las virtudes negativas del viejo y su pobre ideal humano no los conducía más allá del rápido enriquecimiento, de acaparar dinero e inmuebles y poner entre el país y ellos el ferrado muro de cristal de sus lujosos coches. Cuando perdían la posición que alcanzaron, sin hacer nada por merecerla, en esta subversión de valores que caracterizó durante tanto tiempo a la vida venezolana, uno los observaba en su más medrosa y desnuda insignificancia, tal como se vería Adán en aquella terrible mañana en que Jehová le quitó el usufructo del Paraíso. Fueron tan excesivamente prudentes, se mimetizaron de tal modo, cultivaron como un mérito su insipidez y su falta de audacia, que cuando se desvistieron del falso ornamento que les ofreció la caprichosa suerte, ni siquiera conservaron para el instante de la derrota la sombra de una personalidad. En otros países más organizados el político caído en las azarosas vueltas de trompo de la acción pública dispone de algún sitio donde cobijarse: tiene su partido o su periódico, dispone de una opinión a la que siempre le interesa oírlo, posee cuando menos una pluma o una palabra clara para seguir demostrando que existe. Aquí caía en la anonimidad; frecuente creación de la nada, tornaba a ella a rumiar, si acaso, su melancolía doméstica. Su fracaso era apenas un problema que interesa a la señora o a los deudos más próximos pero que no lograba conmover a un país justamente desengañado e indiferente. ¿Qué hicieron ellos

para ganárselo; qué estímulo sembraron, qué idea les abrasaba el espíritu? Se lamentaban con menos justicia que Luzbel, porque eran Luzbeles sumisos, de haber perdido su efímero momento de gracia.

Erguir un ideal humano más razonable y creador que el de la chata mediocridad que se petrificó tantos años en nuestra existencia colectiva, me parece un deber de la juventud; y uno de los caminos que conducen a esa obligación impreterminable es precisamente la cultura. Una cultura viva que oponer a la cultura muerta, puramente mnemónica, completamente lejana de las apetencias y los clamores del tiempo presente, que fue la que durante tantos años se nos dio en nuestros establecimientos de enseñanza como un débil sustituto. Nuestra condición cultural era apenas la de una distante colonia de las ideas europeas que nos llegaban bastante marchitadas por el viaje. Se puede hacer una crítica de nuestra enseñanza universitaria diciendo que ella consiste en el más tosco proceso simplificador. El catedrático suele hacer un resumen de algún libro europeo, lo transmite a sus alumnos que a su vez lo resumen más, y de este modo la fórmula de nuestra actividad cultural es lo que yo llamaría con las viejas palabras platónicas el "resumen del resumen", la "copia de la copia". Muy pocas veces se pone al joven venezolano frente a una realidad nueva para que la analice y la trate; muy pocas veces se anima una investigación verdaderamente original. La rutina que pesa tanto en numerosas actividades venezolanas, aun en aquellas que por su índole debían ser más audaces, proviene de esta deficiencia de nuestro sistema cultural. No se preparan los hombres para enfrentarse a nuevas circunstancias o nuevas necesidades históricas; no están acostumbrados a pensar por sí mismos y se amparan por eso —tímidamente— en el "precedente". Un verbalismo vano, una retórica convencional y llena de prejuicios se interpone como vegetación proliferante entre nosotros y la realidad. No en balde la poesía de álbum o los malos discursos hiperbólicos y campanudos con que se ofendió la persona del Libertador, que fue hombre de acendrado gusto literario, constituyeron durante largo tiempo una de las actividades más constantes de cierta invasora subliteratura nacional. Cuando surge un problema efectivamente serio e inaplazable, hay que llamar —como ha pasado en los últimos años— a un perito extranjero porque nuestra Universidad no había formado los hombres que re-

solvieran aquellas cuestiones que no podrían afrontarse con el antiguo recurso burocrático del "precedente". Estamos, por eso, los venezolanos urgidos de una política cultural que nos enseñe qué somos; que más allá de la historia heroica, con resonante fanfarria de adjetivos, nos descubra nuestra verdadera historia social; que defina los recursos un tanto legendarios —porque poseemos sobre ellos más fábulas que documentos— que guarda nuestro suelo; que dé a nuestra gente un destino espiritual más alto y entusiasta que el de esta vida provinciana, incolora y pacata en que muchas generaciones venezolanas acendrarón la materia estéril de su imposibilidad y su amargura.

Porque somos un país de tan rala y dispersa población, esa política de la cultura debe procurar que las energías del joven venezolano no se malogren ni dilapiden en ese doble desastre integrado por nuestra desorientación mental, por la crónica deficiencia de nuestros sistemas de enseñanza —que sólo desde hace un lustro han comenzado a mejorarse— y por la incuria física, por el prolongado suicidio biológico a que estuvo tanto tiempo condenada la raza venezolana. Cuando en cierta ocasión, en un grupo de intelectuales, se hablaba de la ineludible reforma de nuestras universidades y cada uno de los opinantes ofrecía diversas recetas técnicas para mejorarlas, me atreví a decir que, en mi concepto, nada se lograba creando en el viejo organismo universitario nuevas cátedras y nuevas disciplinas científicas, si previamente no se formaba el ambiente, el *habitat* (para emplear una palabra grata a los geógrafos), donde esos estudios puedan prosperar. Tanto como la calidad de la enseñanza, es para mí un problema cultural el ambiente en que el joven venezolano se adiestra para su combate con la vida. Si hay algo de edificante y recomendable en las universidades anglosajonas es que, a diferencia de las nuestras, para quienes el estudiante es apenas un mecánico memorizador de textos, ellas se interesan por sus alumnos en un amplio sentido de integración humana. Saben crear un ambiente de protección, de cooperación, de alegría, de salud física y moral a la que no sólo importa el estudio especializado, sino la más alta y difícil profesión de hombre. Compárese, por contraste, el ambiente sórdido en que suele vivir la mayoría de nuestros estudiantes; la barata casa de pensión que los explota,

la falta de estímulo cultural, de bibliotecas, de clubs, de instrumentos de trabajo; el angosto medio social, la hosca soledad en que frecuentemente fracasan y se amargan. De ese falso intelectualismo antivital de nuestra enseñanza provienen en mi concepto muchas de las deficiencias del hombre venezolano como agente del progreso colectivo: su falta de cooperación que no pudo aprender en nuestro anárquico individualismo, en el continuo "sálvese quien pueda" de nuestra incoherencia social; su unilateralidad, que me evoca la de cierto político, con título universitario, ahora en venturoso retiro, que me decía en una ocasión que la música, la pintura y la literatura no le parecían actividades de personas serias, y que cuando a causa de sus buenos negocios necesitó hacerse una casa la aderezó —por lo mismo que no le gustaba el Arte— con cursilería ejemplar. Algo de lo áspero que todavía tiene nuestro sistema de convivir, la falta de coordinación de nuestras actividades públicas, la excesiva desconfianza con que nos miramos hasta los más próximos y los que debíamos entendernos, la solapada intriga y la venenosa zancadilla, ese como complejo de desilusión que inhabilita aun a nuestros hombres más capaces, provienen, sin duda, del crónico clima de mediocridad en que nos oxidamos y renunciamos durante casi medio siglo de retroceso y agonía. Venezolanos más voluntariosos, de más apasionado querer, de mayor fe en sí mismos y en el destino de nuestro pueblo, son por ello los que nos hacen falta.

ORGANIZACION

Dentro del carácter tan limitado y viejo del Estado venezolano tendrán que ir surgiendo —si es cierto que la nación quiere equipararse para el porvenir y fortalecer su potencial como pueblo— una serie de servicios y formas de organización colectiva que naturalmente no necesitaba ni comprendía nuestro antiguo empirismo político. ¿Puede sernos ahora indiferente el destino de la juventud, la más válida reserva vital del país, proyectada hacia el tiempo futuro? Preservar y defender su juventud, adiestrarla física y mentalmente, es ya un deber primordial del Estado moderno. La obligación no se cumple con el libre y gratuito acceso a las escuelas

públicas; dijérase que debe abarcar la más amplia defensa de la raza y su preparación biológica y moral para que actúe con eficacia en el progresivo desarrollo del país. Un pueblo sano y eficiente, unificado por un fuerte ideal nacional, que tenga conciencia de su rumbo histórico, será para nosotros una riqueza más valedera que la de nuestro petróleo. La energía nacional es, ante todo, energía humana. Y los que cantan tan hinchadamente la riqueza de nuestra geografía deben preocuparse, con tanta insistencia como la que dedican a las reservas del suelo, por las reservas humanas. Un gran geógrafo moderno, Vidal la Blache, ha dicho que hasta en el mundo de la naturaleza el fenómeno más admirable es el de la obra humana, transformando, luchando o adaptándose a las condiciones telúricas.

Organizar, pues, una juventud que como la venezolana estuvo tanto tiempo anarquizada; defender su salud y su energía física, facilitar crecientemente su acceso a la cultura, unificarla con el potente impulso moral de un destino común, vencer el desengaño de que padecieron tan ácidamente las últimas generaciones, es por ello uno de nuestros grandes problemas educativos. Recuerdo al decirlo cómo, desde fines del siglo XIX, se exaltó el dormido espíritu de los pueblos eslavos, sometidos a la extranjera monarquía austríaca, con una institución de tanto ímpetu juvenil como la de los *Sokol*. En Praga, allá por 1936, miraba aquellos magníficos desfiles de muchachos sokolianos, legítimos herederos de los jóvenes alegres y heroicos que hacia el año 60 del pasado siglo se propusieron resucitar una nación, uniendo los fragmentos, las tradiciones y los recuerdos que habían logrado sobrevivir en medio de la humillante dominación extranjera. El Estado austríaco quería que ellos hablaran alemán, pero los muchachos del *Sokol* anhelaban conservar su lengua eslava, que fue en la que les dictó su imperecedero mensaje moral, su destino como nación, un Juan Huss o un Comenius. En contacto con el pueblo y los campesinos, hasta en la olvidada danza y la canción popular impregnada de los más entrañables acentos de su raza, en la disciplina cívica, en el deseo de servir y de servirse mutuamente, aquellos muchachos de 1860, entre los cuales se contaba Tomás Garrigue Masaryk, que cincuenta y tantos años más tarde sería el libertador y primer jefe de la nación checo-

eslovaca, estaban cumpliendo una tarea de incalculable proyección histórica; de un destino de servidumbre elevaban a su pueblo a un destino de libertad. Y porque vi a aquellos muchachos checos pasear por las calles de Praga sus alegres banderas; porque a la gloria de su país ofrecían sus campeonatos olímpicos, porque ante el destino nacional se disolvían los prejuicios de clase y el sentimiento de comunidad los identificaba a todos, yo creo que existe y existirá una nación checa que —a pesar del presente colapso— no logrará destruir la tecnicada barbarie de los nazis. Una institución como la de los *Sokol* ha creado en el pueblo checo un sentido de perdurabilidad, capaz de abrirse paso a través de todas las pruebas y todos los dolores.

A veces he pensado en el profundo valor moral y educativo que tendría para el joven venezolano —tan solitario, tan tempranamente desengañado— una institución, así, que opusiese a nuestro áspero individualismo el ideal y el deber de la comunidad; que alejase a tantos muchachos nuestros de la cantina y del prostíbulo en que a veces gustan de alardear su fuerza viril; que canalizara su entusiasmo, su deseo de actuar, que entre nosotros es pura energía perdida; que asegurase en la empresa de una generación austera y alegre (porque austeridad y alegría no se contraponen) el destino de la continuidad nacional. Y una o dos generaciones forjadas en tan poderoso troquel lograrían mucho más por la transformación del país que los más copiosos presupuestos.

Los antiguos gobiernos venezolanos le tuvieron miedo a la juventud. “Los estudiantes, lo que hacían los estudiantes” fueron uno de los escasísimos fantasmas que llegaron a turbar la petrificada seguridad de la dictadura de Gómez. Me parece mucho más peligroso para un Estado temer a la juventud, es decir, condenarla a la amargura y el resentimiento crónico, que tratar de comprenderla y encauzar su fuerza dinámica. Hay ahora un clima propicio para que la juventud destaque su presencia en la marcha del país. Pero como alguna vez lo decía cierto pensador hispano, no basta ser joven para pretender un sitio en el mundo. Como todo don de la vida, la juventud también hay que merecerla. Y sólo con la cultura y la organización es que la corriente renovadora, que se supone encarnada en la

juventud, puede imponerse ante el natural escepticismo de las generaciones viejas.

Hay que desconfiar de aquellos que son “ancianos desde niños”, de los que llegaron a la vida con un conformismo demasiado precoz. La historia es lucha, choque de fuerzas y necesaria pugna de ideas. Donde eso no reina, donde todos están conformes, apenas prospera la calma letal del pantano.

ENTUSIASMO

Las virtudes negativas, el mérito del “no hacer”, del “no manifestarse” y del “no opinar” a que tendieron tantas generaciones frustradas, hay que reemplazarlas por las virtudes positivas, por aquella *summa* del hombre que los viejos maestros griegos señalaron como la más alta norma vital, la que no niega la vida, sino la dirige y la gobierna como el atleta lanza su disco. Justicia o virtud de relación con los demás, la que señala sin conflicto los límites entre el individuo y la comunidad; sabiduría o continuo alumbramiento de las cosas, como lo enseñaba el método socrático; valor o deber de destacarse, de afirmar la personalidad en el irrenunciable combate de la vida, y por último, armoniosa *sofrosine* que equilibra inteligencia y sensibilidad, eran para el griego antiguo los signos del hombre completo, aquel que puede acercarse a los arquetipos eternos. Es decir, la esencia de toda gran conducta humana no consiste en renunciar, en cerrar los ojos ante el torrente de las cosas, sino en conducirlas y en dominarlas. Todavía como un último precipitado del crónico desengaño venezolano, se escucha por ahí, en más de un círculo medroso y doméstico, aquel consejo nirvánico de que “no hay que meterse”. Meterse dentro del país, en la más encendida entraña de sus necesidades y de sus problemas, es y tiene que ser una obligación irrenunciable de la juventud venezolana. Habría que rehacer en Venezuela aquel gran ensayo político que conoció nuestra gran generación de 1810 y que casi olvidamos desde el tiempo de Bolívar. Cuando se averigua qué era lo que tenía, qué representaba aquel audacísimo joven de veintitantos años que un día de 1811 —y mientras los legisladores de grandes pelucas discutían sus

teorías jurídicas— irrumpe en la barra del Congreso a decidir en un discurso cortante, puro aliento, puro fuego, la suerte de nuestra Independencia, respondemos que contra el lento razonar de los abogados, Bolívar poseía la gran política del entusiasmo. No era el momento de acomodarse a las leyes viejas, sino de crear el ambiente para crear las leyes nuevas. El no se resignaba a ser un testigo porque quería ser un creador de historia. Ya que sufrimos tanto tiempo de la política de la desilusión y del desengaño, ya que gentes demasiado prudentes y desconfiadas hasta de su propia sombra nos retrotrajeron de la gran Historia a la mezquina historia de la aldea, habría que despertar otra vez esa política del entusiasmo, revivir en el hombre venezolano su preterida fe.

Corresponde, pues, a los jóvenes combatir por ese otro estilo de convivencia; la que acerca a los hombres por la cultura, la solidaridad, la cooperación; la que cohesiona para el común destino nacional los grupos inorgánicos y recelosos; la que reemplaza por un trato moral más alto la hosca guazábara en que nos anarquizamos y nos autodefendimos en los días de nuestro desamparo y nuestra disgregación; la que moviliza la irradiante virtud del entusiasmo. Bastaría la fervorosa tarea de una generación para transformarnos.